

En el entretanto, España, descontento ya sus buenas relaciones con Francia, habíase mostrado más difícil respecto de los holandeses. En efecto, Felipe III (15 de julio de 1608) había subordinado el abandono de sus derechos de soberanía á la concesión que las Provincias Unidas otorgaran á sus súbditos católicos del libre ejercicio de su culto, en vista de lo cual los Estados generales rompieron las negociaciones (25 de agosto).

Enrique IV las reanudó. Hasta entonces habíase mostrado opuesto á la idea de una larga tregua, pues quería la paz, única manera de librarse de la obligación de proporcionar hombres y dinero á los holandeses; pero reflexionándolo bien, reconoció las ventajas de un estado de cosas provisional que mantendría á los holandeses en un estado de incertidumbre y les haría menos independientes de Francia. Así es que en 27 de agosto Jeannin propuso á los plenipotenciarios de la Haya una larga tregua que los archiduques aceptaron.

Pero, ya se tratase de tregua, ya de paz, los Estados generales exigían ante todo el reconocimiento de su soberanía. El archiduque Alberto, exhausto de soldados y de dinero, tomó sobre sí la responsabilidad de esta declaración, así en su nombre como en el del rey de España (19 de octubre), y la corte de Madrid, no sin repugnancia y después de tres meses de reflexiones, acabó por ceder (28 de enero de 1609). El 9 de febrero los intermediarios ingleses y franceses llegaron á Amberes en donde les esperaban los delegados de los archiduques, y en 9 de abril siguiente firmóse una tregua de doce años.

La corte de Madrid quedó profundamente humillada, y haciendo recaer su malhumor sobre Francia, negóse á escuchar nuevas proposiciones de matrimonio que desde Roma le hicieron. A su vez, Enrique IV, por un momento seducido por la idea de hacer á su hija soberana de los Países Bajos, volvía á su desconfianza contra la casa de Austria.

#### IV.—Enrique IV y Alemania

Enrique IV puso sus miras en la Alemania protestante. Hasta 1606, sus relaciones con ella habían sido frías, y la primera vez que tuvo ocasión de intervenir en sus asuntos, mostróse tan prudente como en el asunto de Ferrara. También allí la cuestión política se complicaba con una cuestión religiosa. La ciudad libre de Estrasburgo era protestante, pero sus obispos, dueños de muchos y muy ricos dominios, seguían siendo católicos; el cabildo era mitad católico, mitad protestante. A la muerte del obispo Juan de Manderscheid (1592), los canónigos protestantes eligieron administrador á Juan Jorge, nieto del Elector de Brandeburgo, y los canónigos católicos nombraron obispo al cardenal Carlos de Lorena, hijo del duque lorenés reinante, Carlos III, y los dos elegidos se disputaron la conservación del obispado.

Enrique IV, solicitado por los protestantes, vióse sumamente perplejo y envió á Nancy, el cual dividió los dominios entre ambos pretendientes (transacción de Saarbrück, de 20 de septiembre de 1595); pero el cardenal no sólo no cumplió el acuerdo, sino que escogió como coadjutor al archiduque austriaco, Leopoldo, primo del emperador Rodolfo, con lo cual la casa de

Austria, que poseía ya el landgraviato de la Alta y de la Baja Alsacia y la prefectura de las Diez ciudades imperiales, obtenía la expectativa de ricos dominios y de una gran autoridad religiosa.

El Elector palatino y los margraves de Baden-Dourlach y de Anspach apremiaron á Enrique IV para que interviniera; el monarca prometió sin gran interés su intervención y se limitó á enviar al cardenal el mariscal de Bois-Dauphin. Carlos de Lorena manifestó que al elegir á Leopoldo II no había pensado en el «mal que causaría á la frontera del rey,» y añadió que, por otra parte, su coadjutor no tenía más que catorce años, que él también era joven todavía y que mientras viviera no pensaba abdicar. En cuanto á Rodolfo, respondió que resolvería según el derecho y la razón y conforme á las constituciones del Imperio.

Al mismo tiempo que Juan Jorge, que venía para implorar la protección de Enrique IV, llegó á París el joven landgrave de Hesse, Mauricio *el Sabio*, que terminaba un viaje de estudio en Francia, y que era prudente, aunque joven, y aunque calvinista, adicto á todas las iglesias protestantes. En Maisons y en Saint-Germain habló con Villeroy y con Enrique IV del estado de Alemania, y cuando manifestó á Villeroy que el cardenal había violado impunemente una transacción garantizada por el rey, el secretario de Estado palideció una ó dos veces y no supo qué contestar. El landgrave instó al monarca para que no abandonase este asunto si quería conservar su reputación en Alemania, y Enrique IV prometió un socorro de 12.000 escudos á los príncipes alemanes que apoyaban al administrador (1.º de octubre de 1602). Durante algún tiempo pareció que el rey tomaba el asunto á pecho, y cuando partió para Metz (27 de febrero de 1603), escribió á Fresnaye, su embajador en Venecia: «No tengo menos motivos que los dichos príncipes vecinos y aliados para tener celos del establecimiento de dicho Leopoldo en dicho obispado, á causa de la importancia del paso y de la vecindad de la casa de Austria, que ya es demasiado poderosa en estos sitios. Dicha coadjutoría ha sido instituida por dicho cardenal de Lorena y aprobada por el papa *sin yo saberlo.*»

Pero muy pronto se modificaron sus disposiciones. En Metz fué visitado y agasajado por Carlos de Lorena, y además estaba muy descontento de los príncipes protestantes que intervinieron indiscretamente en favor del duque de Bouillon, rebelde y fugitivo; del Elector de Brandeburgo, que se ocupaba más de los asuntos de Prusia que del obispado de Estrasburgo; y de los estrasburgueses que le atribuían la intención de darles por obispo á su hijo bastardo, Vendome, y hasta de querer apoderarse de su ciudad por asalto.

Por todas estas razones, sin olvidar la cuestión religiosa, limitóse á hacer firmar en Nancy (1.º de marzo de 1603) un nuevo acuerdo que proclamaba un armisticio y nombraba depositarios secuestradores; pero surgieron nuevas dificultades y el litigio no pudo resolverse hasta que medió en él el duque de Wurtemberg (22 de noviembre de 1604). Por virtud de este arreglo, Carlos de Lorena pasó una pensión á Juan Jorge y quedó en posesión del obispado que, á su muerte (1607), pasó al archiduque de Austria.

La indiferencia de Enrique IV era una falta que en

parte se explicaba por su resentimiento contra los fautores de Bouillon; pero después de la toma de Sedán y cuando el rebelde hubo recobrado su antiguo favor cerca del monarca, modificáronse las relaciones entre Francia y la Alemania protestante. Enrique IV se había apresurado á escribir á Mauricio *el Sabio*: «Habiéndome concedido Dios la gracia... de haber consolidado la tranquilidad y la concordia públicas en mi reino, mi principal cuidado y pensamiento será en adelante ser útil á mis vecinos aliados y amigos y á la causa que es común á ellos y á mí.» Con esto último significaba la protección de las libertades germánicas.

Sin embargo, la casa de Austria no estaba en condiciones de oprimir esas libertades, ni siquiera de defenderse, pues Rodolfo, ocupado en sus colecciones ó perdido en la contemplación de los astros, dejaba que se agitaran y se armaran las diversas nacionalidades y confesiones que había provocado.

En Hungría, los triunfos de la Contrarreforma y las inquietudes de una apasionada iglesia calvinista produjeron una rebelión. Los habitantes de la Alta Hungría, de acuerdo con los transilvanos, eligieron rey al magnate húngaro Bocksay, diplomático, guerrero y poeta, y los turcos apoyaron á éste y reconquistaron Pesth, situada enfrente de su fortaleza de Buda, y Gran, capital religiosa de Hungría. Austria y Moravia, amenazadas de una invasión é indefensas, firmaron un armisticio con los húngaros (1605). En Bohemia, organizábase el partido calvinista.

Todos estos síntomas significaban la disgregación á corto plazo de los diversos elementos cuya amalgama constituía el Estado austriaco. Para contenerla, reuniéronse en Viena los hermanos de Rodolfo, Matías y Maximiliano, y sus primos de Estiria, Fernando y Maximiliano Ernesto, y declararon á Rodolfo incapaz de reinar, reconociendo á Matías como cabeza y sostén (*caput ac columen*) de la casa de Austria. Matías entró en tratos con los húngaros, les otorgó la libertad religiosa y cedió la Transilvania á Bocksay y al sultán la fortaleza de Gran (paz de Zwista Torok, 11 de noviembre de 1606). En 1608 invadió la Bohemia, se hizo ceder por Rodolfo la Hungría, el Austria y la Moravia, dejándole la Bohemia con la condición de hacerle reconocer como heredero de esta corona si moría sin hijos (25 de mayo de 1608), y se coronó rey de Hungría en Presburgo.

Un incapaz substituía á un loco. La familia austriaca parecía tan falta de hombres y de fuerza, que Felipe III y Enrique IV contaban elegir fuera de ella al futuro emperador de Alemania. Felipe III pensaba naturalmente en sí mismo; Enrique IV, que no se hacía ilusión alguna acerca de sus propias probabilidades, habría querido poner enfrente de Matías á Maximiliano, duque de Baviera, pero éste se negó á dividir los votos de los católicos. Al mismo tiempo esforzabase Enrique en agrupar á los príncipes protestantes á quienes inquietaban los asuntos de Hungría, las pretensiones de Felipe III y los progresos del catolicismo y que, sin embargo, permanecían aislados y divididos.

Trató el monarca francés de convencerles de la necesidad de formar una liga, pues estando, como estaba, gravemente enfermo el duque de Cléveris y de Juliers, Juan Guillermo, podía de un momento á otro

abrirse su sucesión, y para cuando llegara este caso, los diversos príncipes que pretendían la herencia debían ponerse de acuerdo y repartirse la herencia amistosamente, porque, de lo contrario, «sus discusiones servirán de pretexto para que aquellos que sean más poderosos y estén mejor armados y preparados, se apoderen de dichos países por derechos de propia conveniencia ó de guerra, ora en nombre del Imperio ú otro pretexto análogo» (carta de 14 de agosto de 1606). No se trataba de quebrantar la fe debida al emperador, ni de empuñar las armas, ni de gastar intempestivamente el dinero, sino de precaverse contra los turcos y los españoles y también de desempeñar un papel en la elección del rey de los romanos. En cuanto á él, aseguraba que no tenía más mira que el bien y la seguridad de ellos; mas no era su intento tan desinteresado como él decía, sino que proyectaba atacar á la casa de Austria, y ante la magnitud de la empresa, no quería aventurarse sin contar con el apoyo de una coalición.

Los príncipes alemanes ensayaban sin gran éxito la formación de una liga, cuando vino á decidirles un atropello realizado por los católicos.

En la ciudad libre de Donauwerth, que era en su mayoría protestante, celebraron los católicos, á pesar de la prohibición de los magistrados una procesión que fué disuelta á bastonazos. Rodolfo decretó contra la ciudad la proscripción del Imperio y encargó al duque de Baviera de la ejecución de su decreto. Maximiliano ocupó Donauwerth y como prenda de sus gastos de guerra la retuvo en su poder (17 de diciembre de 1607).

Este atentado contra una ciudad libre asustó á los protestantes y entonces varios príncipes luteranos y calvinistas, como el elector palatino, los margraves de Anspach y de Baden-Dourlach, el conde palatino de Neuburgo y el duque de Wurtemberg, pactaron por diez años la Unión Evangélica (4 de mayo de 1608) y se comprometieron á permanecer unidos, á pesar de las diferencias religiosas, á no tener más que una opinión en las Dietas, sobre todo en cuanto se refería á la libertad, á la dignidad y al culto de los diferentes Estados; á resolver sus desavenencias por medio de árbitros, á prestarse mutuo auxilio, á sostener tropas y á crear una caja común.

Desde mayo de 1608 á marzo de 1609, adhirieron á la liga, después de muchas vacilaciones, Estrasburgo, Ulm, Nuremberg, Francfort, Espira, Worms y algunas otras ciudades. El landgrave de Hesse, Mauricio *el Sabio*, para no mortificar al duque de Sajonia, su aliado, á quien trató durante mucho tiempo, aunque en vano, de apartar del partido de Austria, no se inscribió hasta el 29 de enero de 1610.

No se crea que la Unión Evangélica, apenas formada, puso sus ojos con entusiasmo en Enrique IV; el duque de Wurtemberg se limitó á comunicarle lo ocurrido, sin darle grandes explicaciones, y como para demostrarle que la Unión tenía más de un patrono, hizo la misma comunicación al rey de Inglaterra.

#### V.—Sucesión de Cléveris y de Juliers.

A todo esto, murió Juan Guillermo, señor de Cléveris, de Juliers y de otros lugares (25 de marzo de 1609). Muchos eran los pretendientes á la sucesión: el elec-



tor de Brandeburgo, Juan Segismundo, yerno de la duquesa de Prusia, María Leonor de Cléveris, hermana mayor del difunto; Wolfgango Guillermo, palatino de Neuburgo, hijo de Felipe Luis, conde palatino de Neuburgo, y de Ana de Cléveris, hermana menor de María Leonor; el duque de Dos Puentes (Zweibrücken) y el margrave de Burgovia, casados con dos hermanas más jóvenes de Juan Guillermo; y el elector de Sajonia, Cristián II, descendiente de Sibila de Cléveris, tía de Juan Guillermo.

Juan Segismundo invocaba la primogenitura de su suegra; Wolfgango Guillermo, el orden de sucesión establecido por Carlos V en la casa de Cléveris que no admitía a la herencia más que a los hijos varones de las hijas del duque Guillermo III, padre de Juan Guillermo; Cristián se apoyaba en que el emperador Federico III había, en 1483, asegurado a su casa la expectativa de la sucesión de Cléveris en caso de extinción de los varones. Finalmente, dos grandes señores franceses, el duque de Nevers y el conde de La Marck-Lumay, reclamaban únicamente el condado de La Marck, como descendientes de la antigua casa de este nombre.

La cuestión de derecho estaba sumamente embrollada y aun la complicaba más la importancia de los intereses que se debatían. La herencia de Juan Guillermo (ducados de Cléveris (en el Rin), de Berg (orilla derecha del Rin), de Juliers (sobre el Roer); condados de la Marck (sobre el Ruhr), de Ravensberg (entre el Ems y el Weser) y señorío de Ravenstein), formaba un conjunto bastante compacto de ricos territorios y de poblaciones católicas entre la Holanda calvinista, los Países Bajos españoles, el obispado de Munster y el electorado de Colonia.

¿Quién decidiría el litigio entre los pretendientes? ¿El emperador? En este caso, ¿no era de temer que aprovechándose de las contradicciones del derecho dispusiera de la sucesión en favor de sus amigos y hasta que se la adjudicara?

De todos modos, la cuestión de Cléveris y de Juliers proporcionaba a Enrique IV la ocasión, durante tanto tiempo esperada, de unirse a los príncipes protestantes de Alemania.

Habló el rey en tono altanero, como si de su propia causa se tratara, é hizo decir a los archiduques, que entonces se disponían a firmar la paz con los holandeses, que si enviaban tropas a Cléveris rompería las negociaciones y empezaría en seguida la guerra. Y en vista de que Rodolfo avocaba a sí el litigio, envió a Berlín a Bongars, nuestro agente principal en Alemania y partidario resuelto de una política antiaustriaca, a fin de inducir a Juan Segismundo a transigir con sus competidores y a unirse con ellos contra la casa de Austria (30 de mayo).

El Elector y el Conde palatino, puestos de acuerdo, habíanse posesionado de una parte de la herencia y establecido en ella una administración provisional; pero el emperador decretó el secuestro, invitó a los pretendientes a que le sometiesen sus títulos, en su calidad de «señor de feudos y juez supremo», y envió a Juliers al archiduque Leopoldo (julio de 1609).

El gobierno francés protestó contra aquella provocación, y Enrique IV escribió a Bongars «que movilizaría un poderoso ejército que mandaría él en persona,

si comprendía que era necesario.» Además, indicó a Pecquins, representante de los archiduques, que apoyaría a los administradores provisionales contra Leopoldo, y así lo declaró también al conde de Hohenzollern, embajador de Rodolfo.

Pero sus palabras eran más osadas que sus intenciones. En julio de 1609 amenazaba con desentenderse del asunto si prevalecían en Berlín los consejos tímidos; y, siempre prudente, quería saber, antes de empeñarse enteramente, hasta dónde llegaban la voluntad y los recursos de los príncipes alemanes, a cual efecto aconsejaba a los administradores provisionales que dejaran transcurrir el invierno sin provocar a Leopoldo, porque Francia no les apoyaría sin antes haber concertado con ellos un plan de defensa.

El año transcurrió, pues, en negociaciones. Los alemanes mostraban poco interés por un asunto que tan de cerca les tocaba, y cuando en diciembre de 1609 el elector de Brandeburgo se adhirió a la Unión Evangélica, ésta se negó a aceptar que la sucesión de Cléveris y de Juliers fuera una causa común a todos sus miembros. Los príncipes protestantes temían la intervención del rey de Francia y no ocultaban su temor: cuando él les ofrecía soldados, ellos le pedían dinero; y ahora que hablaba de conducir personalmente su ejército a Alemania, alarmábase ese ardor en un príncipe tan positivista.

Enrique IV, en el entretanto, se preparaba. En 6 de agosto de 1609, anunciaba a los Trece Cantones que había ordenado a su embajador, el señor Du Refuge, que les pidiera en su nombre una leva de gentes de guerra, y al mismo tiempo se aproximaba a Carlos Manuel, quien, desde la paz de Lyon, no había cesado de ofrecer sus servicios, en España y en Francia, al mejor postor.

Enrique IV había rechazado siempre sus demandas de retrocesión de la Bresse, del Bugey y del Valromey y se había puesto al lado de Ginebra contra el duque, que, en la noche del 21 al 22 de diciembre, había intentado tomar aquella ciudad por «asalto»; pero como le convenía tratarlo con ciertos miramientos, como aliado posible contra España, interpuso su mediación para reconciliarle con los ginebrinos (1) (julio de 1603). Cuando el Saboyano, alarmado por los matrimonios proyectados entre las cortes de París y de Madrid, pidió para su primogénito la mano de la mayor de las hijas de Francia, su petición no fué rechazada; y cuando los asuntos de Cléveris y de Juliers obligaron a Enrique IV a solicitar la cooperación de todos, el matrimonio quedó decidido. Carlos Manuel habló inmediatamente de proceder contra los españoles, y en septiembre pidió recursos para invadir el Milanesado y apremió a Enrique IV para que atacara a los imperiales en el Rin.

Pero el rey no estaba todavía dispuesto ni resuelto a la guerra, según puede deducirse de las instrucciones de 23 de octubre de 1609 que se llevaba el consejero de Estado, Bullión, encargado de discutir con el duque las cláusulas de una alianza. Para indemnizar al Saboyano de las pensiones y de los beneficios que le iba a

(1) Enrique Fazy, *Histoire de Genève à l'époque de l'Escalade, 1597-1603*, Ginebra, 1902. De Crue, *Enri IV et les députés de Genève, Chevalier et Chapeaurouge*, 1901.

### VI.—El gran plan de Sully

hacer perder su ruptura con España, el rey, según dicen las instrucciones, prometía al príncipe Filiberto una pensión de 300.000 libras anuales desde el primer día del año siguiente, «en el caso de que en el año próximo no se intente la ejecución de las empresas guerreras que han sido propuestas.» «En cuanto a la época en que podrán comenzarse las empresas, es cosa que todavía no puede determinarse;» porque hay que asegurarse «de las voluntades y resoluciones de los alemanes y de los ingleses para la guerra que ha de hacerse en Cléveris y para la que ha de hacerse en Italia.»

El rey nada pedía allende los montes; pero ¿no podría el duque cederle la Saboya después de haberse apoderado del castillo y de la ciudad de Milán? Sin embargo, Bullión debía cuidar mucho «de proceder en esta demanda» de manera que dicho duque «no se escandalice de ella ni se ofenda como si fuese una condición a la que Su Majestad estuviese resuelta a someterlo desde luego, porque sería de temer que esto le apartase por entero de la amistad de Su Majestad.» Enrique IV exigía, no obstante, como garantía de la buena fe y de la constancia de Carlos Manuel «alguna caución no vulgar,» es decir, Montmelian ó Pignerol.

El rey se apercebe a la guerra, pero al propio tiempo se declara partidario de la paz. En una carta dirigida a los Electores eclesiásticos (15 de octubre), se defiende de la imputación de que quiere favorecer una invasión de Cléveris y de Juliers; y en 24 de noviembre escribe a Breves, embajador en Roma, en tono aun más pacífico:

«Creo que esta estación de invierno diferirá los propósitos y las intenciones de los unos y de los otros, y que posiblemente proporcionará medios y expedientes propios para templar la acritud de las partes y para que se arreglen amistosamente. A lo cual yo contribuiré, siempre que sea necesario, en lo que dependa de mi autoridad, a fuer de príncipe tan amante de la conservación de la tranquilidad general, que preferiría gustoso esta consideración pública a cualquier otra particular...»

Pero si se percata «de que no se procede con el mismo candor,» «procederá tan francamente como hizo en otro tiempo en favor de sus amigos y aliados.» En una palabra, intervendrá si España y el emperador intervienen.

Y hasta en una conversación que tuvo en 17 de octubre (1609) con Lesdiguières, insistió en la idea de casar a su segunda hija Cristina con un infante de España que recibiría en dote los Países Bajos (1), y aplazaba la guerra que Carlos Manuel deseaba comenzara cuanto antes contra los españoles del Milanesado. La ruptura con España, decía en 28 de septiembre al embajador de Saboya, «debe hacerse con conocimiento, y a veces es necesario reprimir la pasión (2).» Sin embargo, en previsión de un conflicto trabajaba para comunicar su ardor a los príncipes protestantes ó, como decía, a templar las flautas de Alemania.

(1) G. Hanotaux, *Histoire au cardinal de Richelieu*, I, 259-262.

(2) Conversación relatada por Foscarini, embajador de Venecia, despacho del 7 de octubre, Barozzi y Berchet, *Francia*, I, pág. 317.

De modo que sólo en ciertos casos haría la guerra. Pero ese rey que tan lento y frío parecía a Carlos Manuel, tenía preparado, si hemos de dar crédito a las revelaciones de Sully, un ataque general contra los Habsburgo de Viena y de Madrid, y meditaciones de la ruina de su poder en Europa y la reconstitución de la cristiandad bajo un nuevo plan.

Era el proyecto que se supone concertó, inmediatamente después de la paz de Vervins, con Isabel de Inglaterra y prosiguió de acuerdo con Jacobo I. Quería unirse con los reyes de Escocia, Suecia y Dinamarca, ayudar a los holandeses a conquistar los Países Bajos a los españoles, y a los suizos a engrandecerse con el Franco Condado, el Tirol y la Alsacia; emancipar a los príncipes alemanes, quitar el Imperio a los Habsburgo, devolver a Bohemia y a Hungría la elección de sus soberanos, expulsar a los españoles de las Flandes y de Italia y acorralarlos al otro lado de los Pirineos, a la península, en donde dejarían de ser «formidables y el terror de todos sus vecinos.»

Después de haber libertado a Europa, Enrique IV la habría organizado en quince Estados ó dominaciones: seis monarquías hereditarias, Francia, España, Inglaterra, Suecia, Dinamarca y Lombardía (Saboya y Milanesado); seis monarquías electivas, Roma (agrandada con el reino de Nápoles), Venecia, Imperio, Polonia, Hungría y Bohemia; y tres repúblicas, la Helvética (Suiza, Tirol, Franco Condado, Alsacia), Bélgica (Holanda y Países Bajos españoles) y la Itálica (Génova, Luca, Florencia, Módena, Parma y Plasencia).

De aquella Europa cristiana serían excluidos el Moscovita bárbaro y el Turco infiel, y en ella gozarían del libre y público ejercicio del culto tres religiones, el catolicismo, la confesión de Augsburgo y el calvinismo.

La cristiandad, reconciliada consigo misma, sólo haría la guerra al Turco para expulsarlo; y sus litigios serían resueltos por consejos, de los cuales habría siete, uno general para todos los asociados y seis particulares, que se ajustarían al modelo de «los Anficiones de Jonia,» escogidos entre los «más excelentes personajes de las siete principales ciudades de Grecia.» El Consejo general, compuesto de cuarenta miembros «muy calificados y sobre todo muy discretos,» celebraría por turno sus asambleas anuales en cada uno de los quince Estados y en la ciudad de cada uno de ellos más próxima al centro de Europa, y tendría a su cargo los intereses generales y todos los planes, guerras y asuntos que importaran a la «República cristianísima.» Los seis Consejos particulares, que estarían por debajo de él, resolverían las cuestiones especiales de la Europa del Norte, del Imperio, de los antiguos dominios de la casa de Austria (Bohemia, Austria, Hungría, etc.), de la Italia del Sur, de la Italia del Norte y de Suiza, de la Europa occidental. De las decisiones de estos Consejos particulares podría apelarse ante el Consejo general.

Basta exponer esta novela para demostrar su inverosimilitud; sin embargo, muchos historiadores la han aceptado con entusiasmo, y aun entre los que no admiten el «Gran Plan» de Enrique IV los hay que siguen creyendo en sus grandes planes. Su política, no



obstante, nos es bien conocida: hasta 1609 fué más prudente que osada, más práctica que aventurera, más amiga de los resultados inmediatos que de las lejanas especulaciones. En la conversación que en 17 de octubre de 1609 tuvo con Lesdiguières, prometíase Enrique IV, si vivía diez años más, llevar á feliz término la boda del Delfín con la heredera de Lorena y de su hija mayor con el primogénito de Carlos Manuel, la conquista de Génova y la entronización en aquella república del duque de Anjou, su hijo segundo, y acaso también el matrimonio de su segunda hija Cristina con un infante de España á quien se daría la soberanía de una parte de los Países Bajos.

Todas estas aspiraciones no eran fácilmente realizables dadas la mala voluntad del duque de Lorena y la oposición de España; pero eran posibles, al paso que no lo era el Gran Plan.

En los archivos de las potencias católicas y protestantes no hay vestigio alguno de proyecto de trastorno semejante; por esto Sully, para suplir la falta de documentos, unas veces deslizo en las piezas auténticas frases relativas al Gran Plan, y otras fabricó cartas enteras que hablan mucho de él, y hasta inventó una embajada á Inglaterra, en 1601, para tener ocasión de exponer las ideas de Isabel y de Enrique IV sobre la modificación del mapa de Europa (1).

El Superintendente era hombre de gran imaginación, según se ve por la inexactitud de sus cifras; protestante calvinista, pertenecía á un partido que durante mucho tiempo había soñado con revoluciones y cambios de dinastías, con guerras y conquistas. Ya en tiempo de Carlos IX, Juan de Ferrières ofrecía á la reina madre hacer al duque de Anjou rey de Inglaterra y de los Países Bajos, á Carlos IX emperador de Alemania, y al duque de Alenzón rey de Nápoles ó, por lo menos, príncipe de Génova. La Noue, más respetuoso con el orden establecido, habíase limitado, en los discursos políticos y militares, á proponer un plan de cruzada contra los turcos; pero de tal manera se había preocupado de los detalles de la empresa, que indicaba el número de jinetes, de infantes, de zapadores, de galeras y de armas, y los gastos, las campañas, las etapas y las batallas necesarias para llegar á Constantinopla. También Sully calcula con igual cuidado las fuerzas de Enrique IV y las de sus aliados, la caballería, la infantería, los cañones, las soldadas, las municiones y los víveres; en él encontramos la misma precisión en el ensueño. De Aubigné, otro hugonote, que escribía en el mismo tiempo que Sully y que había recibido las confidencias de éste, atribuía á Enrique IV el proyecto de emancipar á todos los súbditos de España, conquistar Milán con el duque de Saboya y los venecianos, dar Nápoles al papa, los Países Bajos á Mauricio de Nassau y el Imperio al duque de Baviera y enviar las flotas de Francia, Holanda é Inglaterra á la conquista de la India.

A todas estas utopías agregó Sully las visiones que en su larga vejez le sugirió el despecho de su impotencia. Desde la muerte del rey su soberano, vivió en la desgracia; vió el comienzo, el medio y pudo prever el fin de la carrera de Richelieu; presencié, ocioso é inútil,

(1) C. Pfister, *Les Economies royales de Sully et le Grand Dessin d'Henri IV*, passim, y sobre todo págs. 80-83.

el éxito de una política dirigida contra la casa de Austria; y de seguro que entonces se dijo, y acabó por creerlo, que Enrique IV, si hubiese vivido, habría hecho otro tanto, si no más. Y puso todo su cuidado y ningún escrúpulo en convencer de ello á la posteridad.

## CAPITULO VII

### LA MUERTE DE ENRIQUE IV (2)

I. Fuga del príncipe y de la princesa de Condé. — II. Sesgo belicoso de la cuestión de Cléveris. — III. Preparativos de guerra y aumento de impuestos. — IV. La muerte del rey.

#### I.— Fuga del príncipe y de la princesa de Condé

¿Cómo se explica que Enrique IV, tan prudente y tan pacífico, se volviera agresivo y atrevido á principios de 1602 (3)? Probablemente hay que buscar la causa de esto en él mismo: sus costumbres jamás habían sido buenas y con la edad no mejoraron. En 1608 tenía cincuenta y cuatro años, su cabello había encanecido y sus facciones se habían estirado y apergaminado, pero no había menguado su galantería. Después de Enrique-

(2) FUENTES: *Lettres missives*, VII y VIII. *Les amours du grand Alexandre*, «Archives curieuses», 1.<sup>a</sup> serie, XIV. Mariscal de Bassompierre, *Journal de ma vie*, publicado por el marqués de Chanterac, «S. H. F.», I. Virey, *L'Enlèvement innocent ou le rapt clandestin de Mgr. le Prince avec Mme. la Princesse*, 1609-1610, pub. por Halphen, 1859. *Correspondance de Pecquius avec les Archiducs*, publicada por el duque de Aumale como apéndice de la *Hist. des princes de Condé*, tomo II. *Ambassades de M. de la Boderie en Angleterre sous le règne de Henri IV et la minorité de Louis XIII, depuis les années 1606 jusqu'en 1611, 1750*, tomo V. Barozzi y Berchet, *Relazioni dagli ambasciatori veneti al senato*, Francia, I. *Instructions données par Henri IV à ses députés en Lorraine*, publ. por L. Davillé, «Annales de l'Est», XV, 1901. L'Estoile, *Mémoires journaux*, IX y X. *Mémoires du duc de la Force maréchal de France*, publicadas por el marqués de la Grange, I, 1843. Legrain, *Décade de la vie de Henri le Grand*. D'Aubigné, *Histoire universelle*. IX. (Matthieu), *Histoire de la mort déplorable de Henri IV...*, 1612. *Procès, examen, confessions et négations du méchant et exécration parricide François Ravalliac*, «Mémoires de Condé», VI.

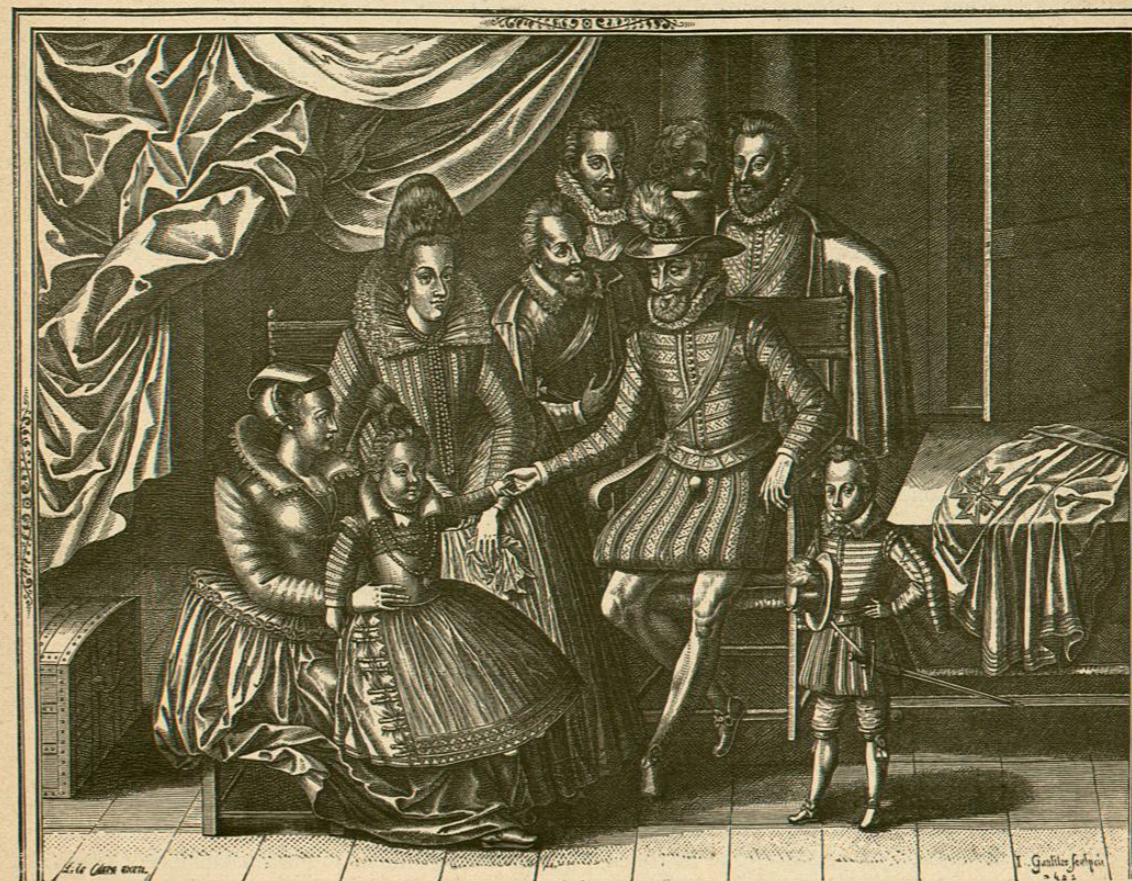
OBRAS DE CONSULTA: Victor Siri, *Memorie reconditte* (1608-1612), 1679. Henrard, *Henri IV et la princesse de Condé*, 1885. G. Hanotaux, *Études historiques sur le XVI<sup>e</sup> et le XVII<sup>e</sup> siècle en France*, 1886. Mercier de Lacombe, *Henri IV et sa politique*, Didier, s. d. Philippson, *Heinrich IV und Philipp III*, III, 1876. Anquez, *Henri IV et l'Allemagne*, 1887. Gardiner, *History of England*, II, 1889. Willert, *Henry of Navarre*, 1900. Dr. Wilhem Schreiber, *Maximilian I der Katholische, Kurfürst von Bayern*, 1868. Stieve, *Der Ursprung des dreissigjährigen Krieges* (1607-1619), 1875. L. Davillé, *Les relations d'Henri IV avec la Lorraine de 1608 à 1610*, «Rev. Hist.» LXXVII, 1901. Ricotti, *Storia della monarchia piemontese*, III. Carutti, *Diplomazia della casa di Savoia*, II. Bertoldo Zeller, *De Dissolutione contracti apud Brusolum foederis*, 1886. El P. J. de La Serriere, *De Jacobo I Anglia rege cum cardinali Roberto Bellarmino super potestate cum regia tum pontificia disputante* (1607-1609), 1900.

(3) La Boderie, embajador de Francia en Inglaterra, que había sido destituido en julio de 1609 á pesar de la apertura de la sucesión de Cléveris, fué enviado de nuevo á su puesto en enero de 1610. En 16 de febrero de 1610, Pecquius anuncia al archiduque Alberto, de quien era representante en París, que sabe de un modo cierto que el rey ha resuelto «ayudar á los príncipes de Brandeburgo y de Neuburgo contra Su Majestad Imperial, y lo hará pronto»; la guerra ha sido decidida en un consejo celebrado en el Arsenal. En 22 de febrero, Villeroy escribe á La Boderie que Enrique IV pagará este año las sumas prometidas al rey de Inglaterra á menos que «entre en guerra con el rey de España.»

ta de Entragues, convertida en duquesa de Verneuil, ó simultáneamente con ella, tuvo por querida á Jacobita de Bueil, á la que hizo condesa de Moret, y á Carlota des Essarts, hecha condesa de Remorantin, sin contar las favoritas pasajeras. El rey cristianísimo vivía entre todas sus mujeres, incluso su esposa legítima, muy ocupado con los hijos y las hijas que de ellas tenía, á saber, seis legítimos y ocho naturales, pareciéndose bastante su corte al harén del Gran Turco.

Entonces decidió á Bassompierre á que, por su lealtad hacia él, se retirara.

Enrique IV temía que Carlota, si se casaba con aquel guapo caballero, le amaría demasiado, y por esto la destinaba al príncipe de Condé, torpe y desabrido, poco á propósito para inspirar una pasión. Según explicaba á Bassompierre, sólo pretendía favores confesables: «Será el consuelo y la distracción de la vejez en que voy á entrar.» Condé se declaró; el contrato se firmó en el



Enrique IV y su familia, copia de un grabado en cobre hecho en 1602 por L. Gaultier

En 1608 presentóse por vez primera en la corte Carlota, hija del condestable, joven de quince años, radiante de frescura y de una belleza que prometía ser soberbia. Entre sus adoradores, distinguió Carlota á un hidalgo lorenés, Bassompierre, que contaba veintinueve años y á quien Enrique IV y las damas dispensaban su favor. El condestable aprobaba la inclinación de su hija, pero el matrimonio, que se había fijado para fines de enero de 1609, se deshizo á consecuencia de la oposición del duque de Bouillon, sobrino del condestable, y de la intervención inesperada del rey.

En 16 de enero de 1609, asistía Enrique IV al ensayo de un baile antiguo que habían de representar las damas y las hijas de la reina; Carlota, al desfilar entre las «ninfas de Diana», se encontró enfrente del rey y con ademán provocador le apuntó con el dardo de que iba armada. El monarca se sintió flechado y en los días siguientes, durante un ataque de gota que le tuvo en la cama y con ocasión del cual muchas damas le visitaron, la vió demasiado á menudo para su tranquilidad. En

Louvre el 2 de marzo y la boda se celebró el 17 de mayo. Corta fué la dicha de Condé, pues Enrique IV, como héroe verdadero de la *Astrea*, cometió extravagancias por Carlota, que con ellas se divertía y se sentía halagada. Una vez la quiso ver con la cabellera suelta y puesta sobre un balcón entre dos antorchas; otra, corrió la sortija con golilla perfumada y mangas de raso de China.

Condé, en cuanto se percató de las asiduidades del rey, llevóse á la princesa al castillo de Valery, pero recibió orden de regresar á la corte. Enrique IV habló de «descasarle» y, en el entretanto, de tener á Carlota bajo su custodia; en vista de lo cual el príncipe resolvió realizar un rapto, que bien puede llamarse «inocente», y en 29 de noviembre de 1609 partió de Muret, pasó la frontera y se puso bajo la protección de los archiduques Alberto y Clara Isabel Eugenia, soberanos de los Países Bajos bajo la soberanía feudal del rey de España, Felipe III.

El rey tuvo noticia de aquella fuga el mismo día: «No